
ACIERTOS E INCERTIDUMBRES

Ramón VARGAS-MACHUCA ORTEGA

Diez años resultan un periodo suficiente para evaluar la gestión de un gobierno en relación con el desarrollo político y la evolución social de un país. Sin duda, en todo balance hay un debe y un haber, sin que sea preciso rendirse a ese falso dilema que obliga a elegir entre la auto-complacencia acrítica y cierta inclinación catastrofista. Pues bien, sin necesidad de jalearse el fervor partidario y con tal de no sentirse prisionero del rencor, es fácil concluir que el resultado del decenio socialista en España ha sido positivo, brillante incluso.

1.

Desde el inicio de la Transición y hasta que los socialistas llegaron al gobierno de la nación en 1982, se había

ido gestando en España lo que podríamos denominar el formato político-institucional del régimen democrático, si bien en un clima de crisis e inseguridad que lo hacía frágil. Sin duda, el síntoma más llamativo

de esa debilidad fue la intentona golpista de aquel 23 de febrero de 1981. Sin embargo, un año y medio después, la expresiva victoria en las urnas del PSOE establecía en España un poder político cohesionado y fuerte, que ofrecía estabilidad y seguridad. Desde entonces, el gobierno socialista se ha convertido durante estos años en un referente tranquilizador para la inmensa mayoría de la sociedad española, siendo el gobierno democrático que más ha durado en la historia de España. Afirmar no obstante, como hacen algunos medios de oposición, que el español es hoy menos libre que hace diez años es una afirmación escasamente sostenible. Resulta evidente que el despliegue de un conjunto de recursos jurídicos para la protección de los derechos y para el desarrollo de las garantías procesales ha favorecido como nunca en España el ejercicio de las libertades y el funcionamiento normal del Estado de derecho.

Los sucesivos gobiernos del PSOE han pretendido, y logrado en buena medida, *transformar la conciencia nacional en voluntad de modernización*. Alcanzar la modernidad se ha identificado casi exclusivamente durante este periodo con el objetivo de igualar los niveles de renta y la cobertura de educación, salud y cultura de la Europa desarrollada. Sin duda se ha dado un salto espectacular para salir del atraso: ha sido esta la época de mayor crecimiento de empleo en los últimos treinta años, se ha escolarizado el 74% de la población entre 5 y 24 años y los gastos de educación son hoy casi

La expresiva victoria en las urnas del PSOE establecía en España un poder político cohesionado y fuerte, que ofrecía estabilidad y seguridad.

el doble que al comienzo de la década, y por reiterada no deja de ser una conquista social el que se haya generalizado la sanidad y aumentado no sólo el poder adquisitivo de las pensiones, sino en dos millones de personas los beneficiarios de las mismas.

Con más de 30 años de retraso en relación con el resto de Europa e intentando recuperar para España el tiempo perdido, los distintos gobiernos de Felipe González han trabajado en una doble dirección a primera vista contrapuesta: por un lado se ha pretendido hacer de nuestra economía una economía abierta; ello ha supuesto acometer una serie de reestructuraciones en los sectores productivos para hacerlos más competitivos, al tiempo que se desactivaba esa inevitable constante de una economía abierta según la cual algunos tienen que mejorar rápidamente para que otros mejoren a la larga. Por otro lado, el PSOE también se propuso a su modo levantar un Estado del bienestar, lo que ha representado básicamente favorecer a los peor dotados, universalizando servicios como la enseñanza y la sanidad y garantizando unos mínimos vitales de subsistencia a casi todos con la generalización de las pensiones. No cabe duda que un país cuya renta per cápita ha pasado de 4.500 a 14.000 dólares en una década no sólo ha mejorado sino que se encuentra en mejor situación para afrontar la crisis económica actual.

Se ha dicho que la organización de la Conferencia de Paz para Oriente Medio, de la Exposición Universal de Sevilla y de las Olimpiadas ha simbolizado la imagen de una España cosmopolita, valorada internacionalmente, pero también estas y otras iniciativas han supuesto una introspección de los españoles, los cuales se reconocen capaces de hacerse valer como nación en el concierto internacional y de acometer con solvencia empresas que países más potentes han venido realizando con normalidad. De hecho se ha alumbrado en estos años una

sociedad distinta, en la que han madurado nuevos conflictos y contradicciones así como nuevas exigencias. Valorados desde el presente, la fragilidad de los logros alcanzados y de las transformaciones sociales producidas reside en que no se ha desarrollado al tiempo una sociedad civil sólida, poblada de un denso y plural tejido asociativo, llena de dinamismo autónomo y dispuesta para el auto-desarrollo y la autoresponsabilidad, en la que fructificaran tanto el estímulo al esfuerzo y al trabajo bien hecho como hábitos de ciudadanía y lógicas de cooperación. En fin, se echa en falta también una a modo de religión civil que hiciera de argamasa de lo positivo alcanzado y socializara un patriotismo cívico-moral para la España modernizada. Hasta ahora casi todo ha estado dependiendo de la voluntad regeneracionista del PSOE, de la calidad y credibilidad de dicha voluntad y de cómo aquel ejerciera su hegemonía política a la hora de dirigir las transformaciones de la sociedad española. A partir de ahora hay que *animar un mayor protagonismo de los actores sociales y la corresponsabilidad*, sobre todo de los sectores más dinámicos y con voluntad de innovación en una sociedad cambiante, para que contribuyan a definir el papel de España en el contexto de una economía globalizada y su especialización futura en la división internacional del trabajo.

2.

La hegemonía ostensible del PSOE en la vida española, oficiada con arreglo a lo que hasta ahora han sido virtudes y vicios de una cultura de izquierda, justifica el que a este partido se atribuya sin paliativos el mérito de los éxitos de esta década y de los cambios acaecidos en la sociedad española en los últimos años. Pero el reverso de esta apreciación es que al PSOE se le imputan también casi con exclusividad todas las carencias del periodo, con independencia de que errores, insuficiencias o lacras pudieran ser compartidas, o incluso atribuidas con

La fragilidad de los logros alcanzados y de las transformaciones sociales producidas reside en que no se ha desarrollado al tiempo una sociedad civil sólida.

más propiedad a otros actores políticos o al resto de la sociedad.

Hoy, la más nociva acta de acusación levantada ante la opinión pública contra el decenio socialista es la de la corrupción, sembrando al menos la sospecha de que algunos socialistas han practicado en este tiempo aquello que ellos mismos enseñaron a detestar. Es cierto que en el entorno de determinadas áreas del poder político se han situado algunos mangantes. Es verdad que los gastos escasamente racionalizados de las campañas electorales, así como los derivados del mantenimiento de las burocracias políticas, han propiciado algunas prácticas de financiación interna de las organizaciones políticas y sindicales paralegales y poco transparentes. Esta circunstancia ha servido de coartada para que truhanes, de ocasión o profesionalizados, hayan hecho su agosto emponzoñando moralmente un régimen de financiación de partidos y sindicatos, los cuales han venido protegiendo zonas de impunidad e irregularidades con el manto de un consenso tácito, cómplice y unánime. Al proyectarse luz sobre esos puntos ciegos ha faltado en los socialistas coraje para reconocer datos tozudos y convicciones para reaccionar a tiempo, y en el PP y en IU ha rebozado la hipocresía y la doble moral. Además, en relación con este asunto y con el estímulo de buena parte de los medios de comunicación, se ha generalizado una opinión cínica según la cual la corrupción es algo exclusivo de los políticos y de su entorno, sin advertir que en la mayoría de los casos la corrupción se ha fraguado en el

***Se ha generalizado
una opinión cívica según la cual
la corrupción es algo exclusivo
de los políticos y de
su entorno.***

mundo privado de los negocios y que algunos de los que alardean de perseguir irregularidades políticas utilizan su denuncia como antídoto de su propio enfangamiento moral.

Ha ocurrido en estos años que la euforia por el progreso y la modernización ha desencadenado una pulsión exagerada por el consumo y la ganancia a corto plazo y ha desvedado también la consigna del «todo vale», la creencia de que tanto para conseguir determinados objetivos políticos como para hacerse rico, sobre todo en poco tiempo, todo vale. Y es que en España se echa en falta no haber contado con la reforma protestante, la cual alimentó, allí donde la hubo, la confianza en la iniciativa individual y el no esperarlo o demandarlo todo de un Estado, al que se considera único sujeto de responsabilidad ciudadana. Aquel puritanismo de la Reforma aireó la convicción de que ganar dinero tenía que ser el fruto del esfuerzo y del riesgo personal. Para mí que el talón de Aquiles del proceso de modernización de España es la ausencia de ese «espíritu de la modernidad», que estimula la meritocracia, anima el sentido de empresa o el asociacionismo voluntario, enseña a distinguir lo privado y lo público y considera además a esto último como un patrimonio común y no «tierra de nadie» de la que sólo cabe aprovecharse de un modo particular. Por otro lado la falta de hábitos de ciudadanía, acentuada sin duda por una larga dictadura, abonó, más que un realismo saludable, un *cinismo excedente* en algunas actitudes políticas, y entre los no políticos una *desconfianza general*

zada hacia la capacidad de la acción política para regenerar la sociedad.

Por todas estas razones, en el debe de este decenio no situaría como lo más preocupante la falta de capacidad de respuesta de la Administración, por ejemplo, asunto que para el Presidente del Gobierno ha sido, según sus palabras, la mayor frustración; sino que más bien deseo llamar la atención sobre otros dos fenómenos: en primer lugar el que tengamos una sociedad civil aún poco hecha, agentes sociales no suficientemente dispuestos a asumir su cuota de responsabilidad comunal, así como el que en la relación de estos con los poderes públicos abunde el recelo o la incomunicación, ceigándose así circuitos de información y de intermediación mutuas. En segundo lugar, el escaso cuidado que en la actividad política en general se ha tenido con el *mundo simbólico de los gestos*, ignorando que hoy día son los gestos los que ilustran las palabras y que en una sociedad como la nuestra, no acostumbrada a convivir con los vicios y virtudes de la democracia, los comportamientos de los actores políticos tienen un extraordinario valor pedagógico y una capacidad de persuasión o disuasión desmesurada.

3.

Las transformaciones experimentadas en España, impulsadas por la acción de los gobiernos del PSOE, han sido enormes, por eso éste tiene el legítimo derecho a celebrar el éxito de tales cambios. Pero curiosamente quien más puede simbolizar entre los socialistas ese triunfo, es decir, Felipe González, viene advirtiendo en los últimos tiempos de que cabe también morir de éxito. Y es que, como acostumbra a decirse, la victoria mata incluso a los vencedores. En primer lugar, constituye casi una ley sociológica el que las conquistas sociales consolidadas hoy se convierten en la razón de las demandas del

mañana o en logros que estimulan la impaciencia. Además, en la democracia el entorno se modifica al precio de la propia transformación. Y por último, los vertiginosos cambios en el contexto internacional están suponiendo una transmutación de bastante calado en la concepción de la política que hemos heredado. Por ejemplo, aquella combinación de retórica ideológica y habilidad maniobrera, tan al uso en las prácticas políticas, resulta hoy un recurso trasnochado que tiene que dar paso en sociedades complejas tanto a la *inteligencia política*, es decir, a la solvencia y a la capacidad de innovación, como al *poder de representación* de la diversidad social. Así las cosas, el PSOE, si quiere seguir siendo el partido que acompañe con su influencia determinante los cambios de la sociedad española, tiene que tomar en cuenta la profunda mutación de sus puntos de anclaje y referencia tradicionales, necesita hoy promover transformaciones intensas en su funcionamiento interior, vencer la ambigüedad estratégica, el fantasma de la indecisión a la hora de recomponer el régimen de sus relaciones internas y el modo de habérselas hoy con el resto de la sociedad.

Sin duda el gobierno socialista tiene fijadas metas modernizadoras para la sociedad española de los próximos años, que bajo la simbología del *Objetivo 97* pretenden dotar a España de los requisitos y distintivos que le permitan alcanzar como nación una posición ventajosa en el contexto mundial de globalización de los desarrollos económicos y sociales, si bien vinculando muy estrechamente el progreso de España al éxito del actual proceso de integración europea. Pero a mi juicio, el desafío ineludible del PSOE en estas circunstancias es saber *acondicionar los medios disponibles* para el logro de esos fines modernizadores y la realización de los programas de reformas congruentes con tales fines. Uno de esos medios, por no decir el más crucial en este momento, es el propio partido y la cultura

política que en su práctica segrega. De un modo más bien ingenuo y poco operativo hay quienes consideran que se pueden rehuir estas cuestiones y concentrar las energías en animar a la sociedad a que haga más suyo el empeño modernizador. Pero, ¿cabe de un modo congruente afrontar misiones para el siglo venidero con instrumentos diseñados en el siglo pasado?

Si, como parece, el horizonte de futuro es que alumbre en España una sociedad plural y dinámica, y en consecuencia que el conflicto civil se convierta en motor del desarrollo y el mérito o la capacidad de iniciativa sean virtudes a promocionar, resulta prioritaria la formación de agentes colectivos y estructuras intermedias que ejerzan competitivamente y desarrollen eficientemente funciones y servicios de la comunidad, que sean capaces de representar adecuadamente intereses diversos y, en último término, que actúen como órganos de intermediación entre el Estado y una realidad social plural y densa. Claro que entonces un partido como el PSOE debería orientar sus esfuerzos a *la doble democratización, del Estado y de la sociedad civil*, evitando que la administración se convierta en un cenagal de lucha cuerpo a cuerpo entre sindicatos, corporaciones, partidos o facciones, animando el sentimiento de ciudadanía, «el patriotismo de la Constitución» del que hablara Habermas, mostrándose a sí mismo como el partido de los «derechos» cuyos programas, resultado de un pacto de colaboración, lograran transformar las demandas sociales en reformas políticas. De

Los comportamientos de los actores políticos tienen un extraordinario valor pedagógico y una capacidad de persuasión o disuasión desmesurada.

***Un partido como el PSOE
debería orientar sus esfuerzos
a la doble democratización,
del Estado y de la
sociedad civil***

ese modo el PSOE reforzará su credibilidad y la de la acción política ante una sociedad que cambia vertiginosamente evitando así la disociación entre dirección política y opinión pública, el descoyuntamiento de una sociedad jaleada por unos medios de comunicación empeñados permanentemente en ventear sospechas sobre las conductas de los políticos tanto como en fijarles la agenda.

Tiene pues el PSOE que decidir ahora entre intentar conservar un puñado de votos fieles o consolidar una estrategia de gobierno en la medida en que sea capaz de recuperar la complicidad de las nuevas clases sociales emergentes, de los grupos más dinámicos, hijos sin duda del triunfo de esta década. El periodo que se avecina además no se resuelve confiándolo todo al liderazgo, más bien va a requerir un esfuerzo de inventiva colectiva y saber organizar el pluralismo interno y el de la sociedad, sin miedo y de un modo que no sea disgregador. Si el PSOE no quiere perder su condición de partido más influyente en la sociedad española y desea evitar una marginalización lenta pero peligrosamente degenerativa, tiene que responder a una base militante más diversificada que necesita incentivos nuevos para la

participación política, tiene que acertar con la respuesta a unos problemas bastante complejos y a unos intereses sociales que estarán en el futuro altamente organizados, todo lo cual exige desarrollar inteligencia política y cultivar la cultura del pacto. Ello obliga, a partir de este momento y teniendo el próximo Congreso del Partido como hito importante, a diseñar un nuevo modo de reclutamiento y de participación política, arreglos orgánicos tanto para organizar el pluralismo interno como para mejorar el régimen de la protección de los derechos y de los incentivos individuales del militante; y desde luego obliga a definir las alianzas sociales del futuro.

Decía Felipe González, en la comentada entrevista que un día le hiciera Fernando Claudín, que el PSOE, como las brevas, necesita que le unten un poco de aceite para que madure antes, ya que ni el país ni las necesidades de éste pueden esperar a que de un modo premioso el partido metabolice algún día las transformaciones profundas que se están produciendo en la naturaleza de lo político. Y es que tan verdad sigue siendo que sin el impulso del PSOE no se va a alumbrar una España nueva, abierta a la vez que integrada, como que las posibilidades de alcanzar esta meta dependen de que el PSOE se haga cargo de una reforma intensa de la acción política. El desafío presente, pues, del partido socialista es *hacer de su propia transformación el cauce estratégico de la transformación de España*. Esa, además, como prueba su dilatada experiencia, ha sido la clave de su fortuna histórica.